

Charles Dickens

LA TIENDA DE ANTIGÜEDADES

Traducción del inglés  
Bernardo Moreno Carrillo

Ilustraciones  
George Cattermole y Phiz (Hablot K. Browne)

Título original: *The Old Curiosity Shop*

© de la traducción: Bernardo Moreno Carrillo, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.com  
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna (cartoné): enero de 2017

Primera corrección externa: Francisco Herrero

Segunda corrección externa: Eva Méndez Herranz

Tercera corrección externa: Juana Salabert

Preimpresión y diseño: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA

ISBN: 978-84-16858-02-6

Depósito Legal: M-39204-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Al señor don Samuel Rogers*<sup>1</sup>.

*Estimado señor:*

*Permítame que asocie mis «placeres de la memoria» a este libro dedicándolo a un poeta cuyos escritos (como todo el mundo sabe) rebosan sentimientos generosos y sinceros, y a un hombre cuya vida cotidiana (como no todo el mundo sabe) es igualmente pródiga en simpatía y compasión hacia los más pobres y humildes de su especie.*

*Su siempre fiel amigo,*

Charles Dickens

---

<sup>1</sup> Samuel Rogers (1763-1855): Poeta inglés muy afamado en su época que, sin embargo, después fue eclipsado por sus coetáneos. Su obra más importante es *The Pleasures of Memory* [*Los placeres de la memoria*]. (Todas las notas son del editor, a menos que se indique lo contrario).

## PRÓLOGO DE 1841

«**U**n autor —dice Fielding en su introducción a *Tom Jones*— no debería compararse con quien ofrece un banquete con fines benéficos, sino con quien regenta una fonda en la que es bien recibida cualquier persona dispuesta a pagar. Quien paga por lo que come puede exigir que se gratifique su paladar, por exquisito y antojadizo que este sea; y si lo ofrecido no le resulta agradable, tendrá derecho a censurar, quejarse y maldecir la comida cuanto se le antoje.

»Para impedir, pues, que los clientes se sientan ofendidos ante semejante decepción, es costumbre entre los hospederos honrados y juiciosos ofrecer una minuta que todos puedan consultar al entrar en la fonda. Enterados, así, de lo que les espera, pueden o bien quedarse y ser obsequiados con lo que se les ofrece, o bien marcharse a algún otro lugar más acorde con su gusto».

En el caso de la presente obra, el hospederero o autor, al abrir su nuevo establecimiento, no ofrece ninguna minuta. Consciente de las dificultades de semejante empresa en el nacimiento de la misma, ha preferido que haga ella sola su camino, despacio y sin hacer ruido, o de lo contrario que no emprenda camino alguno. Pero sí ha hecho su camino, y el autor está tan contento que no le queda sino añadir, con las palabras pronunciadas en los antiguos ágapes cívicos, ahora que

ya se ha degustado y terminado un plato y otro está humeando sobre la mesa, que brinda a la salud de sus lectores y clientes en copa propicia y les da la más cordial bienvenida.

*Devonshire Terrace, Londres,*

*Marzo de 1841*

## PRÓLOGO A LAS EDICIONES *Cheap* (1848), *Library* (1858) Y *Charles Dickens* (1867)

**E**n abril de 1840 edité el primer número de una nueva publicación semanal, a tres peniques cada número, llamada *Master Humphrey's Clock*. En su mayor parte iba a constar de artículos separados, pero incluyendo también un relato continuado, que se reanudaría de vez en cuando, con los intervalos entre cada reanudación que mejor se adaptaran a las exigencias y posibilidades de la miscelánea en cuestión.

El primer capítulo de esta novela apareció en el cuarto número de *Master Humphrey's Clock*, cuando yo había empezado ya a preocuparme por el carácter un tanto inconexo de dicha obra y, creo, mis lectores compartían plenamente el mismo sentir. El comienzo del relato constituía una gran satisfacción para mí, y yo tenía motivos para creer que mis lectores participaban también del mismo sentir. De ahí que, comprometido como estaba con la práctica de algunas interrupciones y con llevar a término en cierta medida el propósito original, me dispusiera alegremente a desembarazarme lo antes posible de tal impedimenta. Conseguido lo cual, desde entonces —y hasta su terminación—, *La tienda de antigüedades* fue escrita y publicada por entregas semana tras semana.

Terminado el relato, para que este pudiera liberarse de las engorrosas asociaciones e interrupciones con las que no tenía nada que ver, hice que los pocos folios de *Master Humphrey's Clock* que se habían impreso con relación a la misma fueran borrados; y, al igual que el cuento inconcluso de la noche ventosa y el notario de *El viaje sentimental*, se convirtieron en propiedad del fabricante de baúles y del mantequero. Yo, he de confesarlo, era particularmente remiso a enriquecer tan respetables oficios con el artículo inicial del proyecto abandonado, en el que *master* Humphrey hablaba de él y de su modo de vida. Aunque ahora tiendo a confesarme al modo filosófico, con referencia a una emoción ya pasada, soy consciente de que me tiembla un poco la pluma al escribir estas palabras. Pero la cosa se hizo, y con gran sensatez, y *Master Humphrey's Clock*, tal y como estaba concebido en origen, se convirtió en uno de esos libros perdidos de la Tierra que, como todos sabemos, son mucho más preciosos que cualquier libro que se pueda leer por amor o por dinero.

Con relación a la novela propiamente tal, voy a decir muy poco aquí. Los numerosos amigos que me ha valido, así como los numerosos corazones que ha hecho que se vuelvan hacia mí cuando se hallaban embargados de tristeza, le prestan un interés que, en mi opinión, no es de carácter público y cuyo legítimo lugar parece ser «un terreno muy apartado».

Observaré sólo, por tanto, que al escribir el libro siempre tuve en mi fantasía rodear a la figura solitaria de la niña de compañeros grotescos y desafortunados, pero no imposibles, y reunir alrededor de su cara inocente y de sus intenciones puras socios tan extraños y antipáticos como los objetos lúgubres que rodean su cama la primera vez que se preanuncia su historia.

En un principio, se supuso que *master* Humphrey (antes de su dedicación al negocio de los baúles y de la mantequilla) sería el narrador de la historia. Pero, como desde el principio esta se concibió para ser publicada de forma independiente una vez terminada, la desaparición de *master* Humphrey no ha acarreado ninguna modificación.

Siento a la vez orgullo y tristeza cuando recuerdo a la pequeña Nell. Cuando esta no había concluido aún sus vagabundeos, apareció en una revista literaria un ensayo que la convertía en el tema principal, y lo hacía de una manera tan seria y tan elocuente, y con un aprecio tan tierno hacia ella y a sus quiméricos parientes y amigos, que habría sido una muestra de insensatez por mi parte leerlo sin una pizca de placer y de estímulo. Cuando, mucho después, tuve la ocasión de conocer bien al articulista y de ver cómo se deslizaba hacia la tumba con gran reciedumbre de ánimo, supe que no se trataba de otro que de Thomas Hood.

*Londres,  
Septiembre de 1848*





*La tienda de antigüedades*

## CAPÍTULO UNO

**C**on frecuencia paseo por la noche. En verano salgo de casa por la mañana y paso el día vagando por campos y veredas; en ocasiones, me ausento varios días o semanas enteras. Pero, si no estoy en el campo, raras veces salgo antes del anochecer. Sin embargo, y doy las gracias al cielo, me encanta la luz del día y, como a todo ser vivo, me llena de alegría verla esparcida sobre la faz de la Tierra.

He adoptado este hábito inconscientemente porque se aviene bien con mi enfermedad y me ofrece más posibilidades de especular sobre el carácter y ocupaciones de quienes van por la calle. La claridad y el trajín del mediodía no se adaptan a este tipo de actividades ociosas. El vislumbre de una cara a la luz de una farola o de un escaparate conviene mejor a mi propósito que la revelación a la plena luz del día; y, si he de decir la verdad, la noche es más amable a este respecto que el día, el cual, sin la menor ceremonia ni remordimiento, destruye los castillos construidos en el aire en el momento mismo de ser terminados.

¿No es una maravilla que quienes transitan por calles estrechas puedan soportar, sin la menor impunidad, estas continuas idas y venidas, este perpetuo afanar, este incesante pisar los rudos adoquines, que quedan así lisos y relucientes? Pensemos en un hombre enfermo

en Saint Martin's Court escuchando las pisadas y, en medio de su pena y dolor, obligado, a pesar de sí mismo (como un deber que cumplir), a distinguir los pasos de un niño de los de un hombre, al mendigo descalzo del dandi bien calzado, al ocioso del trabajador, los andares cansinos de un paria sin rumbo del paso ágil de un alegre buscador de placeres; pensemos también en el runruneo omnipresente y en el torrente de vida que no se detiene, que se infiltra una y otra vez en los sueños inquietos de este hombre como si estuviera condenado a yacer, muerto pero consciente, en un cementerio ruidoso y no tuviera esperanza de descansar por siglos y siglos.

Así, cuando las multitudes pasan por los puentes (al menos, por los libres de peaje), unos se detienen las tardes hermosas a mirar indolentemente el agua con la vaga idea de que esta discurre tranquila entre orillas verdes que se van ensanchando hasta que, al final, se unen al vasto y ancho mar; otros se paran a descargar sus fardos y piensan, mirando más allá del parapeto, que fumar y disfrutar de una vida ociosa tumbado al sol sobre la lona alquitranada de una barcaza lenta y perezosa debe de ser el *súmmum* de la felicidad; y otros finalmente, de una clase muy distinta, dejan allí también sus fardos, mucho más pesados, al recordar haber oído o leído que, de todos los modos de suicidio, ahogarse no es el más duro, sino el mejor y más fácil.

También hay que ver por las mañanas —ya en primavera, ya en verano— Covent Garden, cuando la fragancia de las flores que impregna el aire disuelve incluso las malsanas emanaciones del desenfreno nocturno y vuelve medio loco de alegría al jilguero de plumaje oscuro, cuya jaula ha colgado toda la noche de la ventana de un desván. ¡Pobre pajarillo! Pero no es el único pequeño cautivo: unos,

retrayéndose de las pegajosas manos de compradores borrachos, yacen con la cabeza gacha en el suelo; otros, asfixiados y apretujados, esperan el momento de poder respirar en compañía de humanos más sobrios y de hacer que los viejos empleados que se dirigen a su trabajo se pregunten qué es lo que llena sus pechos de tan campestres visiones.

Pero no es mi propósito extenderme sobre mis paseos. La historia que voy a contar surgió de una de estas caminatas, a las que he querido referirme a modo de prólogo.

Una noche que me había adentrado en la *City*, caminaba despacio, como de costumbre, cavilando sobre cosas grandiosas, cuando me vi sorprendido por una pregunta que no comprendí, pero que parecía dirigida a mí, formulada por una voz suave y dulce que me resultó muy agradable. Me volví al punto y, a la altura del codo, vi a una linda jovencita que me preguntaba por cierta calle, la cual se hallaba situada a una distancia considerable y en otro barrio de la ciudad.

—Queda muy lejos de aquí, preciosa —contesté.

—Ya lo sé, señor —replicó ella con timidez—. Seguro que queda muy lejos, pues salí al anochecer.

—¿Sola? —inquirí con cierto aire de sorpresa.

—Ah, sí, pero eso no me importa. Ahora estoy un poco asustada porque me he perdido.

—¿Y qué te ha hecho acercarte a mí? Supón que te engaño, ¿eh?

—Estoy segura de que usted no me engañará —manifestó la pequeña—; es usted un señor mayor que anda tan despacio...

No podría describir la impresión que me causaron estas palabras ni la energía con que fueron pronunciadas... hasta el punto de que

brotó una lágrima en los claros ojos de la criatura, haciendo que su figura menuda temblara al levantar la vista para mirarme.

—Ven —le dije—, te llevaré hasta tu casa.

Me dio la mano con la confianza de quien te conoce desde la cuna, y así fuimos caminando. Acomodaba sus andares a los míos y parecía ser ella quien abría el paso y cuidaba de mí, y no yo quien la protegía. Observé que, de vez en cuando, me lanzaba una mirada curiosa, furtiva, como para asegurarse de que no la estaba engañando, y que estas miradas (bastante intensas y penetrantes) parecían aumentar su confianza.

Mi curiosidad e interés no eran de menor calibre que los suyos. Era ciertamente una niña, aunque, por lo que pude apreciar, su constitución pequeña y delicada prestaba a su aspecto un curioso aire juvenil. Vestía con gran sencillez, pero su ropa estaba muy limpia y no denotaba pobreza ni desaliño.

—¿Quién te ha mandado sola tan lejos? —inquirí.

—Alguien que me tiene mucho cariño, señor.

—¿Y qué has estado haciendo?

—Eso no se lo puedo decir —declaró con firmeza.

Había algo en esa respuesta que me hizo mirarla con sorpresa, pues me maravillaba que aquel recado la fortaleciera ante cualquier posible interrogatorio. Sus ojos vivos parecieron leer mis pensamientos, ya que al cruzarse con los míos añadió que no había nada malo en lo que había estado haciendo, pero que era un gran secreto que ni ella misma conocía.

Esto lo dijo sin el menor asomo de astucia ni engaño, con una franqueza directa que llevaba el marchamo de la verdad. Seguía caminando como antes, mostrándome mayor familiaridad con-

forme avanzábamos y hablando cada vez más alegremente. Pero no me dijo nada sobre su hogar, salvo que íbamos por un camino completamente nuevo para ella y quería saber si no habría otro más corto.

Mientras hablábamos de esta manera, pensé en cien explicaciones diferentes del enigma, que fui descartando una a una. No quería aprovecharme de la candidez o gratitud de la niña a fin de dar pábulo a mi curiosidad. Yo siento simpatía por los pequeños y considero una bendición cuando ellos, que parecen recién salidos de la mano de Dios, nos devuelven esa simpatía. Como su confianza me había encantado desde el principio, decidí merecerla y hacer justicia al talante que la había inducido a confiar en mí.

Sin embargo, no había motivos para que yo me abstuviera de conocer a la persona que tan inconsideradamente la había mandado sola, y de noche, a un lugar tan distante; y, como no era improbable que si la niña se encontraba cerca de la casa pudiera despedirse de mí y privarme de dicha oportunidad, evité las calles más rectas y frecuentadas y tomé varios atajos, de manera que hasta que no llegamos a su calle no supo dónde estábamos. Tras dar palmas de alegría y adelantarse unos pasos, se detuvo ante una puerta y no tocó el timbre hasta que yo no la hube alcanzado.

La puerta tenía un cristal sin postigo, cosa que no observé al principio, dado que reinaba una gran oscuridad y silencio en su interior y yo esperaba ansioso (al igual que la niña) que alguien respondiera al timbre. Llamamos dos o tres veces más, y entonces se oyó un ruido de alguien que se acercaba. Al final, apareció una débil luz a través del cristal que, a medida que se aproximaba (muy despacio, por cierto, pues el portador se abrió paso a través de un montón de

artículos esparcidos), me permitió ver no sólo el tipo de persona que era, sino también el tipo de lugar en el que vivía.

Era un anciano de larga cabellera gris. Mientras sostenía la luz sobre la cabeza y avanzaba hasta nosotros, pude distinguir su fisonomía. Aunque desmejorado por la edad, creí reconocer en su forma enjuta y delgada algo de ese molde delicado que ya había notado en la niña. Sus relucientes ojos azules se asemejaban mucho, pero el rostro del anciano estaba tan surcado por la edad y las preocupaciones que el parecido terminaba allí.

El lugar que atravesaba con paso lento era uno de esos almacenes de objetos antiguos y curiosos que parecen cobijarse en los rincones más viejos de esta ciudad y, por recelo y desconfianza, ocultan sus rancios tesoros al ojo público. Por aquí y por allá había armaduras que parecían fantasmas acorazados, fantásticos grabados traídos de monasterios, armas oxidadas de varios tipos, figuras contorsionadas de porcelana, madera, hierro y marfil; en fin, tapices y muebles extraños que parecían concebidos en sueños. El aspecto demacrado del vejete se adecuaba maravillosamente a aquel lugar: habría andado a tientas por viejas iglesias, tumbas y casas abandonadas y reunido todos los despojos con sus propias manos. No había nada en aquella colección que no concordara con su persona, nada que pareciera más viejo o más gastado que él.

Mientras giraba la llave en la cerradura, me miró con asombro, que no disminuyó cuando la mirada pasó de mi persona a la de mi acompañante. La puerta se abrió y la niña se dirigió a él llamándolo abuelo y le contó la pequeña historia de nuestro encuentro.

—¡Ah, bendita seas, mi niña! —exclamó el vejete, acariciándole la cabeza—. ¡Cómo has podido extraviarte! ¿Y si te hubieras perdido, Nell?

—Habría averiguado la manera de volver con usted, abuelo —contestó la niña con desenvoltura.

Él la besó y, tras volverse hacia mí y pedirme que entrara, lo seguí. Cerró la puerta y echó el cerrojo. Precediéndome con la luz, me condujo por el lugar que ya había entrevisto desde fuera hasta un pequeño salón, en el que una puerta daba a una especie de gabinete, donde vi una pequeña cama en la que podría haber dormido un hada madrina (tan primorosamente arreglada estaba). La niña tomó una vela y desapareció prestamente en ese cuartillo, dejándonos solos al anciano y a mí.

—Debe de estar cansado, caballero —articuló mientras colocaba una silla junto al fuego—. ¿Cómo puedo agradecerérselo?

—Teniendo más cuidado de su nieta la próxima vez, mi querido amigo —repliqué.

—¡Más cuidado! —protestó el anciano con voz estridente—. ¡Más cuidado de Nelly! ¡Como si hubiese alguien en el mundo que quisiera a una niña más de lo que yo quiero a Nelly!

Esto lo dijo con un aire de asombro tan grande que no supe qué contestar; además de cierta debilidad e incongruencia en sus modales, había en su rostro signos de un pensamiento profundo y angustiado que me convencieron de que, al contrario de lo que inicialmente me inclinaba a suponer, no podía estar ni chocheando ni diciendo bobadas.

—Creo que no denota suficiente preocupación... —empecé.

—¡Que no me preocupo yo! —protestó de nuevo el anciano, interrumpiéndome—. ¡Que no me preocupo lo suficiente de ella! ¡Ay, qué descaminado anda usted! ¡Ah, mi pequeña Nelly, mi pequeña Nelly!

Sería imposible encontrar a alguien, independientemente de su forma de hablar, que expresara más afecto del que expresó el vendedor



de antigüedades con aquella exclamación. Esperé a que volviera a hablar, pero él posó la barbilla sobre una mano y, moviendo la cabeza dos o tres veces, fijó los ojos en el fuego.

Mientras permanecíamos sentados en silencio, se abrió la puerta del gabinete y volvió la niña, con el pelo castaño claro cayéndole sobre el cuello y por la cara, arrebolada por la prisa que tenía por unirse a nosotros. Se puso inmediatamente a preparar una cena y, mientras se ocupaba de ello, noté que el anciano aprovechaba para observarme con más detenimiento. Me sorprendió constatar que todo lo hacía ella y que no parecía haber más personas que nosotros tres en la casa. Aproveché un momento en que la niña se ausentó para aludir a este particular, a lo que el hombre contestó que pocas personas adultas eran más hacendosas y fiables que ella.

—Casi me produce dolor... —empecé, movido por lo que tomé por egoísmo—. Siempre me da pena contemplar la iniciación de los niños en las tareas de la vida cuando apenas han salido de la primera infancia; sofoca su confianza y sencillez, dos de las mejores cualidades que el cielo les concede, y les exige compartir nuestras zozobras antes de poder disfrutar de nuestros placeres.

—Yo nunca sofoco nada en ella —rebatí el anciano, mirándome fijamente—. Sus manantiales son demasiado profundos. Además, los hijos de los pobres conocen muy pocos placeres; hasta los menores disfrutes de la infancia tienen que comprarlos y pagarlos.

—Perdóneme que le diga, pero no parece que sea usted muy pobre —puntalicé.

—No es mi hija, caballero —precisó el anciano—. Su madre sí era pobre. Yo no ahorro nada, ni un penique, aunque viva como ve usted. Pero —agregó en voz baja, poniendo la mano en mi brazo e

inclinándose hacia delante— ella será rica uno de estos días, y será toda una dama. No piense mal de mí porque me sirva de su ayuda. Me la otorga de buen grado, como puede ver, y le rompería el corazón si viera que le pido a otra persona que haga para mí lo que sus manitas pueden hacer. ¡Que no me preocupo lo suficiente! —exclamó de nuevo con un tono repentinamente quejumbroso—. Ay, Dios sabe que esa niña que está ahí es lo único en lo que pienso en esta vida y, sin embargo, Él nunca me hace prosperar. No. ¡Nunca!

En este punto volvió la persona de la que hablábamos. El anciano me invitó a acercarme a la mesa, interrumpió la conversación y no dijo nada más.

Apenas habíamos comenzado la cena cuando alguien llamó a la puerta por la que yo había entrado, y Nell, estallando en una risotada —que yo me alegré de oír, pues era infantil y entrañable—, afirmó estar segura de que era Kit, que por fin volvía.

—¡Qué locuela esta Nell! —exclamó el anciano, acariciándole el pelo—. Siempre riéndose del pobre Kit.

La niña volvió a reír con más ganas y yo no pude contener una sonrisa de pura simpatía. El vejete cogió una vela y fue a abrir. Al volver, Kit lo seguía de cerca.

Kit era un zagal desgreñado y desgalichado, con una boca bastante grande, carrillos muy rojos, nariz respingona y, ciertamente, la expresión más cómica que yo había visto en mi vida. Se detuvo junto a la puerta al notar la presencia de un desconocido, retorciendo en la mano un viejo sombrero, totalmente redondo y sin el menor vestigio de ala, y descansando sobre una pierna y luego sobre la otra de manera alternativa. Así permaneció un rato, mirando el salón con la expresión más estrambótica que imaginarse pueda.

Abrigué un sentimiento de agradecimiento hacia el chico desde el primer momento, ya que sentí que constituía el lado cómico en la vida de la niña.

—Un trayecto muy largo, ¿eh, Kit? —expresó el vejete.

—Sí que estaba lejos, amo —convino él.

—Supongo que vienes hambriento.

—Y que lo diga, amo —fue la respuesta.

El mozalbete tenía la curiosa costumbre de hablar de lado, con la cabeza inclinada hacia un hombro, como si no pudiera hacerse oír sin este gesto concomitante. Creo que a cualquiera le habría parecido divertido en cualquier lugar. Pero resultaba conmovedor ver cuánto divertía a la niña su rareza, y era un consuelo pensar que esta lo asociaba con la diversión en un lugar tan poco adecuado para una niña. Pero lo mejor era que el propio Kit se sentía halagado por la impresión que producía; así, tras varios esfuerzos por mantenerse serio, soltó una gran risotada y estuvo un buen rato con la boca abierta de par en par y los ojos casi cerrados, riendo sin parar.

El anciano, que había vuelto a su anterior abstracción, no reparaba en lo que estaba pasando; pero yo noté que, cuando la niña terminó de reír, sus ojos brillantes se velaron con unas lágrimas, provocadas sin duda por su cordial acogida a tan zafio favorito, así como por la pequeña angustia de aquella noche. En cuanto al propio Kit (cuya risa era de esas que se pueden confundir fácilmente con el llanto), se llevó a un rincón unos trozos hermosos de pan y carne y una jarra de cerveza, de todo lo cual empezó a dar buena cuenta con gran voracidad.

—¡Ay! —suspiró el anciano, volviéndose hacia mí como si yo lo hubiera interpelado—, no sabe lo que dice cuando me acusa de no preocuparme lo suficiente de ella.

—No debe dar demasiada importancia a una observación basada en las primeras impresiones, amigo mío —maticé.

—No —replicó el anciano, pensativo—. No. Ven aquí, Nell.

La pequeña dejó su silla al punto y le echó los brazos al cuello.

—¿Te quiero yo, Nell? —le preguntó—. Dime si te quiero o no, Nell.

La niña contestó con unas caricias al abuelo y posó la cabeza sobre su pecho.

—¿Por qué estás sollozando? —le preguntó, apretándola fuertemente mientras me miraba—. Es porque sabes que te quiero y no te gusta que parezca dudar con estas preguntas, ¿verdad? Vale, vale. Diremos, entonces, que te quiero mucho, mucho.

—Sí, sí, claro que sí —asintió la niña con gran seriedad—. Y Kit lo sabe también.

Kit, que con cada bocado de pan y de carne se tragaba dos tercios del cuchillo con la sangre fría de un faquir, dejó de comer al sentirse interpelado y berreó:

—Sólo alguien muy tonto podría decir que no. —Pero no pudo seguir hablando porque en ese momento se metió un prodigioso pedazo en la boca.

—Nell es pobre ahora —prosiguió el anciano, acariciando la mejilla de la niña—, pero insisto en que se acerca el momento en que será rica. Hace tiempo que debería haber llegado, pero llegará al fin. Ya hace mucho, mucho tiempo..., pero llegará al fin. Les ha llegado a otros hombres que no hacen más que malgastar el dinero y andar de juerga. ¡Cuándo me llegará a mí!

—Yo soy muy feliz como estoy, abuelo —precisó la pequeña.

—Quia, quia —replicó el anciano—. Tú no sabes, ¡cómo vas a saberlo! —Y masculló entre dientes—: Llegará el día. Estoy segurísimo

de que llegará. Quien ríe el último, ríe mejor. —Suspiró y cayó en su anterior estado de ensoñación. Sosteniendo aún a la niña sobre las rodillas, parecía insensible a cuanto le rodeaba. Como sólo faltaban unos minutos para la medianoche, me levanté para irme y él salió de su ensimismamiento—. Un momento, caballero —articuló—. ¡Kit, ya es casi medianoche y tú todavía aquí! Vete a casa, vete a casa y vuelve puntual mañana por la mañana, pues hay trabajo que hacer. ¡Buenas noches! Vamos, Nell, dale las buenas noches y que se vaya.

—Buenas noches, Kit —dijo la pequeña con los ojos relucientes de alegría y amabilidad.

—Buenas noches, señorita Nell —respondió el chico.

—Y da las gracias a este caballero —intervino el anciano—. De no haber sido por él, podría haber perdido esta noche a mi niña.

—¡No, eso no, amo! —protestó Kit—. Eso no pasará, no.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el anciano, elevando el tono.

—Yo la habría encontrado, amo —declaró Kit—. Yo la habría encontrado. Le apuesto a que la encontraría aunque se la tragara la tierra, la encontraría antes que nadie, amo. ¡Ja, ja, ja!

Con la boca abierta, los ojos cerrados y risas estentóreas, Kit fue retrocediendo hasta la puerta sin dejar de berrear.

Fuera ya de la habitación, el chico no tardó en desaparecer. Mientras la niña se ocupaba de limpiar la mesa, el anciano declaró:

—Le puede parecer, caballero, que no le he agradecido lo que ha hecho esta noche, pero se lo agradezco humildemente y de todo corazón, y ella también, y sus gracias son mejores que las mías. Lamentaría que se marchara pensando que soy poco agradecido con usted o que no me preocupo lo suficiente de ella. Pero no es así en absoluto.

Estaba seguro de ello (le informé) por lo que había podido ver.

—Pero —añadí— ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto —contestó el anciano—. Dígame de qué se trata.

—Esta niña delicada, con tanta belleza e inteligencia..., ¿no tiene a nadie más que a usted que la cuide? ¿No tiene otra compañía, otra guía?

—No —proclamó, mirándome con ansiedad—. No, ni ella desea tener a nadie más.

—Pero ¿no teme no llegar a satisfacer las necesidades de una encomienda tan tierna? —insistí—. Estoy seguro de que usted tiene las mejores intenciones del mundo; pero ¿está completamente seguro de poder llevar a cabo semejante empeño? Yo soy viejo, igual que usted, y me mueve la preocupación de un anciano por todo lo que es joven y prometedor. ¿Cree que lo que he visto de usted y de esta criatura esta noche puede dejarme una impresión totalmente exenta de inquietud?

—Caballero —replicó el anciano tras un momento de silencio—, no tengo derecho a sentirme herido por lo que me dice. Es cierto que, en muchos aspectos, yo soy el niño y ella la adulta, como usted ha podido ver. Pero, andando o durmiendo, de noche o de día, en la enfermedad o en la salud, ella es el único objeto de mis cuidados, y si usted supiera hasta qué punto es esto cierto me miraría con otros ojos, estoy seguro. ¡Ay! ¡Qué vida más extenuante para un anciano, qué extenuante de verdad! Pero hay una gran meta que conseguir y eso es lo que me propongo ahora.

Al ver su estado de nervios e impaciencia, di media vuelta para ponerme el abrigo que me había quitado al entrar en la estancia, resuelto a no decirle nada más. Me sorprendió ver a la niña esperando

pacientemente con un gabán en un brazo y en la mano, un sombrero y un bastón.

—No son míos, cariño —le hice saber.

—No —asintió la niña—. Son de mi abuelo.

—Pero él no va a salir esta noche.

—Ah, sí, sí va a salir —me contradijo la niña con una sonrisa.

—¿Y qué va a ser de ti entonces, bonita?

—¿Que qué va a ser de mí? Yo me quedo aquí, naturalmente.

Como hago siempre.

Miré con asombro al anciano; pero él estaba —o simuló estar— ocupado arreglándose la ropa. Desvié la vista para posarla de nuevo en la graciosa figura de la niña. ¡Sola! En aquel lugar sombrío toda una noche larga, triste...

No pareció darse cuenta de mi estupefacción, sino que alegremente ayudó al anciano a ponerse el gabán y, una vez hecho esto, cogió una vela para iluminarnos el camino. Al ver que nos quedábamos algo rezagados, volvió la cabeza y nos esperó sonriendo. El anciano manifestó con su mirada que entendía perfectamente la causa de mi vacilación; pero se limitó a hacerme señas con una inclinación de la cabeza para que saliera antes que él, sin decir ninguna palabra. No me quedó más que obedecer.

Al llegar a la puerta, la niña dejó la vela, se volvió para dar las buenas noches y alzó la cara para besarme. Luego corrió hacia el anciano, que la rodeó con los brazos y le deseó todas las bendiciones del cielo.

—Que duermas bien, Nell —le deseó en voz baja—, ¡y que los ángeles guarden tu cama! No te olvides de decir tus oraciones, niña mía.

—No, cómo me voy a olvidar —contestó la niña con vehemencia—. Me hacen sentirme muy feliz.

—Ya. Ya lo sé. Claro que sí —corroboró el anciano—. ¡Que Dios te bendiga cien veces! Volveré a casa por la mañana temprano.

—No necesitaré llamar dos veces, abuelo —le recordó la niña—. El timbre me despierta siempre aunque esté muy dormida.

Dicho lo cual, se separaron. La niña abrió la puerta (ahora protegida por un postigo que yo había oído al chico colocar antes de marcharse) y, con otro adiós cuya nota clara y tierna he recordado mil veces, la mantuvo entreabierta hasta que salimos. El anciano hizo una pausa mientras la puerta se cerraba suavemente primero y con cerrojo después y, satisfecho con esto, empezó a caminar a paso lento. Se detuvo en la esquina y, mirándome con aire preocupado, me hizo saber que nuestros caminos divergían y que tenía que despedirse de mí. Yo iba a decir algo, pero él, con mayor presteza de la que podría haberse esperado en un hombre de su edad, se alejó a paso ligero. Percibí que volvía la vista dos o tres veces para ver si yo seguía mirándolo, o quizá para asegurarse de que no iba a seguirlo. La oscuridad de la noche favoreció su desaparición, y su silueta se hurtó pronto de mi vista.

Me quedé plantado donde él me había dejado, reacio a irme aunque sin saber por qué debía quedarme. Miré con un tinte de melancolía la calle de la que acabábamos de salir y, unos momentos después, volví a ella. Pasé una y otra vez por delante de la casa y me detuve a escuchar en la puerta. Todo estaba oscuro y más silencioso que una tumba.

Seguí con mi ir y venir, sin poder arrancarme de aquel lugar, pensando en todo el daño posible que podría acontecerle a la niña



—un incendio, un robo o incluso un asesinato—, con la sensación de que podría producirse alguna desgracia si yo volvía la espalda a la casa. El ruido producido por una puerta o ventana al cerrarse me llevó ante la casa del anticuario una vez más. Crucé la calle y eché un vistazo a la casa para asegurarme de que el ruido no provenía de allí. No, todo estaba negro, frío, inerte, igual que antes.

Salvo algunos transeúntes ocasionales, la calle se hallaba triste y lúgubre, casi toda a mi disposición. Unos cuantos rezagados de los teatros se dirigían de prisa a casa, y de vez en cuando tenía que echarme a un lado para no toparme con algún borrachín haciendo eses. Pero estas interrupciones no fueron frecuentes y pronto cesaron. Los relojes dieron la una. Yo seguía pasando una y otra vez por delante de la casa, prometiéndome que esa sería la última, pero siempre faltando a mi promesa con algún pretexto.

Cuanto más pensaba en lo que había dicho el anciano, en sus miradas, en su conducta, menos podía explicarme lo que había visto y oído. Me daba la espina de que su ausencia nocturna no podía tener una finalidad buena. Yo había conocido la situación a través de la inocencia de la niña y, aunque el anciano había estado presente en aquel momento y visto mi sorpresa no disimulada, había mantenido un extraño misterio sobre el asunto sin conato alguno de explicación. Estas reflexiones, cómo no, me recordaron de nuevo con más fuerza su cara demacrada, su manera de andar, su mirada inquieta y nerviosa. Su afecto por la niña podría no ser incompatible con la bellaquería del peor género; incluso ese mismo afecto era una contradicción extraordinaria. Si no, ¿cómo podría dejarla así? Dispuesto como estaba a pensar mal de él, no dudaba empero ni un momento de la verdad de su amor por ella. No podía admitir siquiera la duda

al recordar lo sucedido entre nosotros y el tono de voz con que la había llamado por su nombre.

«Yo me quedo aquí, naturalmente —había contestado la niña en respuesta a mi pregunta—. Como hago siempre». ¿Qué podía obligar a su abuelo a abandonar el hogar de noche, y todas las noches? Evoqué todos los extraños relatos que había oído sobre fechorías oscuras y secretas cometidas en grandes ciudades por delincuentes que habían conseguido esquivar cualquier investigación durante años y años. Eran historias bárbaras y no conseguí encontrar una que se adaptara a aquel misterio, que se volvía más impenetrable cuanto más intentaba desentrañarlo.

Enfrascado en tales pensamientos y en muchos otros que convergían en el mismo punto, seguí paseando de un lado a otro de la calle durante dos largas horas. Al final, la lluvia empezó a caer pesadamente. Abrumado por el cansancio, aunque no menos preocupado que al principio, paré el primer coche de punto que pasó y me fui a casa. Un fuego chisporroteaba alegremente en la chimenea, la lámpara ardía con intensidad y el reloj me recibió con su vieja y familiar muisquilla. Todo estaba silencioso y era cálido, acogedor, en nítido contraste con la lobreguez y oscuridad de la otra casa.

Estamos tan acostumbrados a sacar de los objetos nuestras impresiones (estas deberían producirse por la mera reflexión, pero sin ayuda externa a menudo se nos escapan), que no estoy seguro de que hubiera estado tan poseído por aquel asunto de no haber sido por los montones de cosas fantásticas que había visto apiñadas en el almacén de antigüedades. Estas cosas, apiladas también en mi pensamiento con relación a la niña y reunidas en torno a ella, me la hacían presente y palpable. Yo tenía su imagen, sin ningún esfuerzo



*Ella parecía existir en una especie de alegoría*

de la imaginación, rodeada y acuciada por cuanto era extraño a su naturaleza y opuesto a las simpatías de su sexo y edad. Si hubieran faltado estas ayudas a la imaginación y me hubiera visto obligado a imaginarla en una habitación corriente, sin nada inusual ni estrambótico, es muy probable que me hubiera impresionado menos su condición solitaria y abandonada. Pero, en aquel estado de cosas, ella parecía existir en una especie de alegoría; y, con aquellas figuras que la rodeaban, había suscitado mi interés tan vivamente que, como ya he observado, no podía apartarla de mi pensamiento por mucho que lo intentara.

«Sería una curiosa especulación —me dije tras pasar un buen rato recorriendo la estancia de un extremo a otro— imaginarla en su vida futura siguiendo un camino solitario en medio de una multitud de compañeros grotescos; ella, único objeto puro, fresco, juvenil, en medio de semejante tropel. Sería curioso buscar...».

Me detuve allí, pues el tema me estaba llevando muy lejos y ya veía ante mí una vasta región en la que no estaba dispuesto a entrar. Convencido de que se trataba de una cavilación ociosa, decidí irme a la cama e intentar olvidarlo todo.

Pero, ya entrado en sueños, toda la noche me asaltaron los mismos pensamientos y las mismas imágenes tomaron posesión de mi cerebro. Una y otra vez tenía delante de mí las estancias oscuras y tenebrosas; las adustas armaduras con su fantasmal y mudo aspecto; las caras retorcidas, que reían desde la madera o la piedra; el polvo, el orín y el gusano que vive en la madera, y... sola, en medio de tanto mueble viejo, de tanta fea vetustez, la hermosa joven durmiendo apaciblemente, sonriendo en medio de sueños ligeros y radiantes.

## CAPÍTULO DOS



ras casi una semana dándole vueltas, me decidí por fin a visitar de nuevo el lugar descrito en el capítulo anterior y, como quería hacerlo a la luz del día, elegí para ello la mañana.

Pasé por delante de la casa y di varias vueltas por la calle, presa de esa vacilación de quien sabe que la visita es inesperada y puede no resultar del todo grata. Sin embargo, como la puerta estaba cerrada y no parecía probable que me reconocieran desde dentro si seguía paseando de aquel modo, no tardé en superar mi irresolución y presentarme en la tienda de antigüedades.

El anciano se hallaba en la parte posterior departiendo con otra persona. Parecían enzarzados en una discusión, dado que sus voces, elevadas hasta un diapasón muy alto, se pararon de repente al verme entrar. El anciano avanzó de prisa hacia mí y me dijo en tono trémulo que se alegraba de verme de nuevo.

—Nos ha interrumpido en un momento crítico —manifestó, señalando al hombre en cuya compañía se hallaba—. Este individuo me va a asesinar uno de estos días. Lo habría hecho ya hace tiempo si se hubiera atrevido.

—¡Bah! Usted sí que me entregaría a la justicia aunque tuviera que jurar en falso —replicó el otro después de lanzarme una mirada ceñuda—. Todos lo sabemos.

—Pues yo creo que no me desagradaría —convino el anciano, volviéndose con un ademán desabrido—. Si algún juramento, plegaria o palabra pudiera libramme de ti, claro que lo haría. Qué gran alivio si te murieras.

—Ya lo sé —admitió el otro—. Es lo que había dicho yo, ¿no? Pero ni juramentos ni plegarias ni palabras me van a matar, y aquí estoy, bien vivo, y pienso seguir estándolo.

—¡Y, sin embargo, su madre está muerta! —exclamó el anciano, juntando las manos y mirando al techo—. He aquí la justicia del cielo.

El otro había puesto un pie encima de una silla y estaba mirándolo con ademán despectivo. Era un joven de unos veinte años, bien proporcionado y bastante apuesto, salvo que la expresión de su cara distaba mucho de ser atractiva, pues tenía en común con sus modales, e incluso con su vestimenta, un aire disipado e insolente que repelía a cualquiera.

—Sea justo o no —replicó el joven—, aquí estoy y de aquí no me moveré hasta que yo juzgue oportuno irme, a no ser que pida ayuda para sacarme de aquí, cosa que no se le ocurrirá hacer, lo sé bien. Insisto en que quiero ver a mi hermana.

—¡Tu hermana! —exclamó el anciano con amargura.

—¡Sí, señor, mi hermana! Usted no puede cambiar el parentesco —dijo el otro—. Si pudiera, seguro que ya lo habría hecho hace mucho tiempo. Quiero ver a mi hermana, a la que usted mantiene encerrada aquí, envenenándole la mente con sus taimados secretos y fingiendo afecto por ella a fin de matarla a trabajar y así añadir unos chelines arañados cada semana al montón de dinero que apenas si puede contar. Quiero verla y la veré.

—¡He aquí un moralista que habla de mentes envenenadas, un espíritu generoso que desprecia chelines arañados! —profirió el anciano,

apartando los ojos de él para mirarme—. Un manirroto, señor, que ha perdido todo derecho no sólo de quienes tienen la desgracia de ser de su sangre, sino también de la sociedad, que de él no conoce más que fechorías. Además de ser un mentiroso —añadió en voz baja, acercándose a mí—, que sabe lo mucho que yo la quiero y busca herirme también cuando se halla en presencia de desconocidos.

—Los desconocidos me traen al paio, abuelo —replicó el joven—, como yo a ellos, espero. Lo mejor que pueden hacer es ocuparse de sus asuntos y dejar que yo me ocupe de los míos. Por cierto, hay un amigo mío ahí fuera... y, como parece que esto va a alargarse, voy a llamarlo, con su permiso.

Dicho lo cual, salió de la estancia, se detuvo en la puerta de la calle e hizo señales a alguien a quien no se veía, el cual, a juzgar por las impacientes indicaciones del joven, necesitaba de mucha persuasión para decidirse a venir. Por fin se acercó dando saltitos desde el otro lado de la calle, haciendo como que pasaba casualmente por allí. El individuo, que destacaba por una especie de elegancia descuidada, tras pasar un rato frunciendo el ceño y negando con la cabeza en respuesta a la invitación, se decidió a traspasar el umbral y entró acompañado en la tienda.

—Aquí lo tenemos... Es Dick Swiveller —anunció el joven, empujándolo—. Siéntate, Swiveller.

—Pero ¿qué va a decir el viejo? —preguntó el señor Swiveller en voz baja.

—Siéntate —insistió su compañero.

El señor Swiveller accedió y, mirando a su alrededor con una sonrisa conciliadora, explicó que la semana anterior había sido muy buena para los patos, mientras que esta lo era para el polvo. Asimismo contó que, unos minutos antes, cuando se hallaba junto a la



*Con una sonrisa conciliadora, explicó que la semana anterior  
había sido muy buena para los patos*



farola de la esquina, había observado un cerdo con paja en la boca saliendo del estanco, lo que indicaba que se acercaba otra buena semana para los patos y que seguramente después vendría la lluvia. Además, aprovechó para disculparse de cualquier negligencia que pudiera advertirse en su atuendo, pues la noche anterior «el sol me cegó los ojos», expresión con la que quería hacer notar a sus oyentes de la manera más delicada posible que había estado completamente borracho.

—Pero —prosiguió con un suspiro— ¡qué importa con tal de que el fuego del alma se encienda al calor de la buena compañía y el ala de la amistad no mude ni una pluma! ¡Qué importa con tal de que el espíritu se expanda en virtud del vino rosado y el momento presente sea el más feliz de nuestra existencia!

—No tienes necesidad de hacer aquí de presidente del banquete —le susurró su amigo.

—¡Fred! —exclamó el señor Swiveller, tocándose la nariz—, al sabio le basta con una sola palabra. No digas ninguna sílaba más. Podemos ser felices sin ser ricos. Yo sé lo que digo. La elegancia es la palabra guía. Ah, sólo una preguntita más, Fred: ¿está el viejo de buen humor?

—¡Eso es lo de menos! —contestó su amigo.

—Bien, muy bien —asintió el señor Swiveller—, la precaución es la mejor consejera. —Tras lo cual, guiñó el ojo como para guardar algún secreto y, plegando los brazos y apoyándose de nuevo en la silla, miró al techo con profunda gravedad.

A tenor de lo ocurrido, tal vez no fuera descabellado sospechar que el señor Swiveller no estaba del todo recuperado de los efectos de la potente luz solar a la que había hecho alusión. Pero si esta sospecha no

la hubieran suscitado sus palabras, su pelo áspero, sus ojos tristes y su cara cetrina habrían sido implacables testigos de cargo. Su ropa, como él mismo había reconocido, no se distinguía por su vistosidad; antes bien, su desaliño inducía a pensar que había dormido sin quitársela. Consistía en un traje marrón con muchos botones de cobre por delante y sólo uno detrás, corbata de color llamativo, chaleco de cuadros, pantalones blancos manchados y sombrero fofo, muy usado, que llevaba al revés, de delante atrás, para ocultar un agujero en el ala. En la pechera del gabán tenía un bolsillo del que asomaba la punta limpia de un pañuelo grande y deslucido. Los sucios puños de la camisa los llevaba estirados al máximo y ostentosamente remangados. No gastaba guantes, pero sí un bastón amarillo con una empuñadura de mano de hueso que lucía un anillo en el meñique y asía una bola negra. Con todas estas cualidades personales (a las que podía añadirse un fuerte olor a tabaco y una pátina grasienta), el señor Swiveller se apoyó en el respaldo de la silla con la vista fija en el techo y, con la voz impostada, regaló a los presentes unos compases de un aire intensamente melancólico para, en medio de una nota, recaer en el silencio anterior.

El anciano se sentó en una silla y, con las manos plegadas, miraba a veces a su nieto y otras a su extraño compañero como si se sintiera impotente y no tuviera más remedio que permitirles hacer lo que quisieran. El joven se reclinó en una mesa no muy lejos de su amigo, en apariencia indiferente a lo que había pasado. Y yo, que me sentía violento por mi intromisión, a pesar de que el anciano parecía observarme en busca de asistencia tanto con palabras como con miradas, disimulé lo mejor que pude e hice como que examinaba algunos de los artículos expuestos para la venta y prestaba poca atención a las personas que había alrededor.

El silencio no fue duradero, ya que el señor Swiveller, tras asegurarnos con sus melodiosas canciones que su corazón vagaba por los montes del norte del país y que sólo le faltaba un corcel árabe para lanzarse a grandes hazañas caballerescas, apartó la vista del techo y la bajó al prosaico suelo.

—Fred —dijo, deteniéndose bruscamente como si la idea se le hubiera ocurrido de improviso y con el mismo tono bajo pero audible de antes—, ¿está el anciano de buen humor?

—¿Y qué importa? —replicó el amigo con displicencia.

—No importa, pero ¿lo está?

—Claro, hombre. Pero ¿qué me importa a mí si lo está o no?

Envalentonado por esta respuesta para abordar una conversación más general, el señor Swiveller decidió captar nuestra atención.

Empezó observando que el agua de soda, en principio una cosa buena, solía enfriar el estómago si no iba acompañada de jengibre o de una pequeña dosis de brandy, bebida que consideraba preferible en todos los casos, si no se atendía a su coste. Como nadie se aventuró a disputar tales opiniones, prosiguió diciendo que el pelo humano era particularmente susceptible de impregnarse con el humo del tabaco y que los jóvenes estudiantes de Westminster y Eton, tras ingerir grandes cantidades de manzana para que sus diligentes tutores no descubrieran rastro alguno de olor a puro, eran generalmente delatados por esta curiosa propiedad que posee la cabellera. De donde concluyó que si la Academia de las Ciencias prestara atención a esta circunstancia, y se propusiera encontrar un medio eficaz para impedir revelaciones tan indiscretas, se la podría considerar una gran benefactora de la humanidad. Como estas opiniones eran incontrovertibles, al igual que las ya sostenidas, a continuación nos

informó de que el ron de Jamaica, aunque sin duda de gran riqueza y aroma, tenía el inconveniente de permanecer en el paladar hasta el día siguiente. Y, como nadie se aventuró a decir nada sobre esta afirmación, el señor Swiveller se volvió más confiado y más amigable y comunicativo.

—Es cosa diabólica, caballeros —continuó—, que los parentescos se vengan abajo y se desagreguen. Si el ala de la amistad no debe mudarse nunca, el ala del parentesco no debería recortarse jamás, sino mantenerse desplegada de manera venturosa. ¿Por qué un nieto y un abuelo se atacan con violencia recíproca cuando deberían reinar la paz y la concordia? ¿Por qué no darse mejor la mano y olvidar?

—Cállate —le invitó su amigo.

—Caballero —dijo el señor Swiveller—, no interrumpa al orador. Caballeros, ¿qué pasa aquí? Tenemos a un simpático abuelito, lo digo con el más completo respeto, y a un nieto joven, indisciplinado. El simpático abuelito le dice al nieto indisciplinado: «Yo te he criado y educado, Fred; te he puesto en la buena senda para que te abras paso en la vida, pero tú te has apartado de esta senda, como hacen por lo demás los jóvenes, y no vas a tener una nueva oportunidad». El indisciplinado joven contesta de la siguiente guisa: «Usted es suficientemente rico; no ha hecho gastos considerables por mí, está ahorrando montones de dinero para emplearlos en mi hermanita, que vive con usted de manera un tanto secreta, como a hurtadillas, pero sin que ella disfrute de la vida. ¿Por qué no puede hacer algo por su nieto adulto?». El simpático abuelito no sólo se niega a compartir su bolsa con la alegre disposición loable en un caballero de su edad, sino que estalla de rabia, profiere insultos y lo reprende con severidad siempre que se encuentran. Se plantea, entonces, la siguiente pregunta: ¿no es

una lástima que se mantenga este estado de cosas, y cuánto mejor no sería que el caballero entregase una razonable cantidad para que todo transcurriera de manera pacífica y amigable?

Tras pronunciar este discurso, acompañado de varios aspavientos, el señor Swiveller se metió en la boca la cabeza del bastón como temiendo que, si añadía una palabra más, se diluyera el efecto de su discurso.

—¿Por qué me persigues, por todos los santos del cielo! —exclamó el anciano, volviéndose a su nieto—. ¿Por qué traes aquí a tus compañeros de juergas? ¿Cuántas veces te tengo que decir que la mía es una vida laboriosa y abnegada, y que soy pobre?

—¿Y cuántas veces le tengo que decir —replicó el otro, mirándolo fríamente— que yo conozco bien la situación?

—Tú has elegido tu propio camino —sentenció el anciano—. Síguelo. Déjanos a Nell y a mí ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente.

—Nell pronto será una mujer —dijo el otro— y, si sólo le escucha a usted, se olvidará de mí, su hermano, si no me dejo ver de vez en cuando.

—Ten cuidado —insistió el anciano con ojos centelleantes— de que no se olvide de ti cuando más te gustaría vivir en su recuerdo. Ten cuidado de que no llegue el día en que tú andes descalzo por las calles mientras ella se pasea en su propia carroza.

—Quiere decir cuando ella tenga su dinero, ¿no? —contraatacó el otro—. Vaya con el hombre pobre...

—Y sin embargo... —masculló el anciano como pensando en voz alta—, ¡qué pobres somos y qué vida esta! Y está en causa la inocencia de una niña que no ha cometido ningún daño ni entuerto a

nadie. Y, sin embargo, ¡esto no prospera! ¡Esperanza y paciencia, esperanza y paciencia!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una voz demasiado baja para que llegaran a oídos de los jóvenes. El señor Swiveller suponía que implicaban cierta lucha interior fruto de su anterior alocución, pues tocó a su amigo con la cantera del bastón y le susurró que estaba convencido de haber expuesto un «argumento irrefutable», por lo que esperaba cobrar alguna comisión. No obstante, tras descubrir su error un momento después, adoptó un aire amodorrado, descontento, y sugirió la conveniencia de marcharse. Pero en esto se abrió la puerta y apareció la niña.

**SIGUE LEYENDO**

# **LA TIENDA DE ANTIGÜEDADES**

Charles Dickens



ISBN: 978-84-16858-02-6 | PVP: 32,00 € | A la venta: 23-1-2017

 **NOCTURNA**  
EDICIONES